

§ IV. Contagios de la lógica de conveniencia. Vicios de los dos extremos: la verdad del justo medio.

Nos es forzoso insistir sobre esa nueva lógica, porque vemos con dolor que, de una manera más ó menos disfrazada, va produciendo su funesto contagio aun en muchas privilegiadas inteligencias. Casi todos los que tratan las cuestiones relativas al transformismo, bien sea para adherirse á él, bien para impugnarlo, por muy sensatos que se muestren en lo demás, parece que con sólo tocar las maneras de discursar de la nueva ciencia, quedan inficionados con ellas. Aunque dá lástima decirlo, es menester decirlo muy alto, que, por lo menos en lo de concluir siempre ó casi siempre de lo particular ó la universal, de la negación de una contraria á la afirmación de la otra, muy pocos, poquísimos son los que han logrado preservarse del contagio. Y ¿cosa extraña! los que parecía que debían quedar del todo inmunes, son precisamente á quienes más ha alcanzado. Los enemigos de toda novedad, los decididos partidarios de la fijeza, y en especial los que tienen más de filósofos que de naturalistas, son los que con más frecuencia acostumbran á discursar de esa manera y de otras peores todavía. Nada más frecuente en ellos que poner de relieve los absurdos del transformismo exagerado, para concluir de ahí por la fijeza absoluta. (1). Cual si no hubiera un medio legítimo en el transformismo relativo y moderado, les vemos decir á cada paso: El transformismo absoluto es falso: luego la fijeza absoluta es verdadera.—Del mismo modo, establecen cuatro, seis ó diez casos en que es

(1) Véase entre muchos ejemplos á *Duillé*, en su interesantísima *Apología*, p. 275.—Es de sentir que el P. Zacarías, á pesar de su buen criterio y reconocida competencia, cometa aún hoy este sofisma, creyéndose dispensado de aducir, en favor de la fijeza, las pruebas de que, por otra parte, la reconoce desprovista, con sólo decir (*Estud. Biol.*, p. 289): "Demostrando que es errónea una teoría, resulta verdadera la otra."

imposible la transformación radical, ó en que hay evidentemente cierta fijeza relativa; y concluyen en seguida por establecer ley general diciendo: luego todas las especies son fijas. Y no es esto lo más chocante; no nos maravillamos tanto de que de lo particular deduzcan lo universal, cuanto de que se mantengan firmes en sostener esa ley universal, aun cuando vean evidentemente que hay muchos hechos en contra, aunque la vean irrealizable y desmentida en muchos casos. No importa, dicen; la ley universal es cierta: luego esos hechos, por evidentes que parezcan, deben ser falsos, ó al fin son excepcionales, y podrán explicarse de cualquier manera, sin que por eso quiten la verdad de la ley universal.—Como si pudieran ser á la vez verdad dos proposiciones contradictorias, una universal afirmativa y otra particular negativa (1). Pero es lo cierto que esos hechos que llaman excepcionales, son tantos ó más, y tan bien comprobados ó mejor que los otros en que se fundan para establecer lo que llaman ley general; y aquí, más bien que faltas de buena lógica, vemos sobras de lógica de conveniencia.

(1) Hasta el modo como suelen probar esa misma fijeza relativa de ciertas especies, es en gran manera curioso y extraño. Tratan, en efecto, de contraponer las especies á las razas, de atribuir á estas dos categorías nociones radicalmente opuestas, para de ahí deducir que tienen un origen completamente distinto.

Por nuestra parte ya hemos visto que las diferencias tenidas por específicas son de la misma naturaleza y condición que las atribuidas á las razas y sólo pueden diferir en grado; que unos mismísimos caracteres diferenciales pueden ser y son, ora específicos, ora simplemente de raza, según la mayor ó menor antigüedad á que asciendan, y según la mayor ó menor generalidad, constancia y estabilidad que en consecuencia presenten. Por lo tanto, así como los de raza son conocidamente variables, así lo son también de suyo los específicos; y como éstos últimos permanecen ordinariamente fijos, así pueden permanecer también en muchos casos los primeros, constituyendo razas que compitan en estabilidad con las mejores especies.

Pero los creacionistas prosiguen diciendo que, desde que el hombre es hombre, las especies no han cambiado, que las que cambian son las razas, que nadie ha visto variar ni una sola especie, que las formas que varían, deben, por el mismo hecho, sean ellas las que fueren, ser tenidas por simples razas. Prescindamos de lo vano de esta salida, que tal círculo vicioso encierra; prescindamos de la imposibilidad, que ellos mismos reconocen, de probar esas proposiciones generales: ninguna especie varía, todas las especies son inmutables; y de que todo lo que pudieran probar á lo sumo es que á ciertas especies nunca las ha visto el hombre variar, es decir, una proposición muy particular, completa-

Excusado es repetir que los transformistas furibundos ó *d'outrance* (y por éstos entendemos no ya á los callejeros, de salón ó de periódico, sino á los corifeos del nuevo evangelio) les responden en el mismo tono y en otro más elevado, y les pagan con creces en la misma moneda.

mente limitada en cuanto al tiempo y al espacio; prescindamos finalmente de que todo el tiempo que el hombre ha presenciado no es nada en la prolongadísima serie de las edades geológicas; de que lo que no acertó á suceder en cinco mil años, pudo muy bien suceder en cinco millones de ellos, y de que, por otra parte, la Geología nos muestra que las especies no han permanecido siempre las mismas, que á las actuales les han precedido otras muy afines, pero al cabo, distintas, y á éstas, otras, y así sucesivamente. Concretémosnos á lo que por ahora nos interesa, al modo curiosísimo como demuestran esa sencilla proposición tan limitada, tan particular, para establecer el contraste entre la especie y la raza. Para eso acuden á las ruinas de Pompeya, á las descripciones de Aristóteles, á los hipogeos de Egipto y á veces á ciertos depósitos cuaternarios; y así pueden decirnos que *ciertas* especies, allí encontradas, son idénticas á las de ahora, y que, por lo mismo, no han cambiado en unos 2.000, 4.000 á 6.000 años. A veces no tienen reparo en elevar esa cifra á muchos más, á 100.000 años, por ej., invocando para eso la autoridad de Agassiz, de Lyell, etc.; pero esos mismos autores, cuando ven que se invocan los mismos yacimientos y las mismísimas autoridades para atribuir igual antigüedad al hombre, saben poner de relieve lo exorbitante de tales exageraciones.—Por lo demás se olvidan, al parecer, de decir que otras muchas especies cuaternarias y casi todas las terciarias ya no existen tales como en aquellos tiempos; han sido substituidas por otras *afines* y, por lo mismo, debieron cambiar. (V. Gaandry, *Paleontol. phil.*, página 10).

Mas veremos cosas más chocantes todavía:—Para confirmar mejor la fijez de las referidas especies, establecen el contraste entre ellas y las razas diciendo, que tan inmutable es la especie, que *no sólo el tipo específico, sino también los principales tipos de razas* se encuentran ya bien marcados en los mencionados monumentos, y tuvieron que persistir, por lo tanto, hasta ahora *del todo fijos*, sin la menor alteración.....

¡He ahí, pues, el prodigioso contraste! ¡Las razas compitiendo en estabilidad y fijez con las mejores especies! Jamás acabamos de maravillarnos de semejante argumento que, por probar demasiado, sólo sirve aquí para poner en evidencia precisamente lo que trata de negar.—Si, pues, las razas, á pesar de ser indudablemente variables, se conservan fijas por tan largo tiempo, ¿qué extraño es que se conserven también las especies que, como razas más antiguas que son, deben gozar de ordinario de mucha mayor estabilidad?

Pero nuestra maravilla sufre de punto al ver que éste es el principal argumento de la fijez, el que se invoca siempre como insoluble, como condenación inapelable de la mutabilidad. Y la maravilla rayará en estupor al ver que los que esto hacen no son únicamente los antitransformistas adocenados, sino que lo hacen hasta los más eminentes, v. g., Quatrefages (*Darwin et ses pré.*, p. 155 y

Y si pasamos ahora á los transformistas moderados, á los que reconocemos por nuestros colegas, no faltan por desgracia algunos un poquito contagiados con esas maneras de argumentar. El vicio más frecuente es hacer poco caso de los

siguientes); Nadaillac (*L'Homme et le singe*, en *Rev. des Qrs. scient.*, Julio, 98, y en *La Science Catholique*, oct. *L'Evolution*, Enero, 95, p. 101); y que el ilustre Vigouroux no tenga reparo en reproducir semejante argumento, y llegue hasta ofrecernos en sus hermosos *Liéres saintes et la critique rationaliste* (t. III, 3.ª edición, p. 339 y sig.) un *facsimile* de esas razas, en mala hora halladas en los hipogeos é invocadas en contra del transformismo; pues con su fijez igual á la de las especies, condenan inapelablemente la fijez específica.

El abate Farges reproduce, como todos, el argumento en lo relativo á las especies; pero tiene ya buen cuidado de no decir que también las razas se encuentran al lado de ellas. Sin embargo, al tener que satisfacer á la justísima réplica del P. Leroy (*L'Ev. rest.*, p. 203), le responde con desenfado, brevemente, en una nota, reproduciendo unas palabras de dicho padre, sin decir cuyas son, así (*La Vie et l'Ev. p. 221*): "*Es falso* que consideremos—'esta persistencia de los tipos durante 4.000 años como criterio y señal característica de la especie.—'Ciertas razas habrán podido mantenerse fijas durante ese mismo tiempo.—'Pues entonces, ¿para qué apela á ese argumento, y con tanta seguridad cual si fuera perentorio? ¿Y para qué lo cita así, callando primero y poniendo ahora de esa manera vacilante lo relativo á las razas?—'Esta fijez, prosigue, prueba solamente (no es poco) que la pretendida ley de evolución no existe. Una ley de la naturaleza es universal, y no podía quedar suspendida durante 4.000 años.—'Pero si esa ley puede quedar suspendida por 4 minutos, también lo puede por 4 ó por 4.000 años. Contra la verdadera universalidad, lo mismo atenta lo poco que lo mucho. Pero lo cierto es que no hay ninguna ley incondicional; todas, por muy universales que sean, necesitan, para manifestarse, ciertas condiciones ó circunstancias favorables, sin las cuales su influencia puede quedar contrarrestada y aun vencida. No obstante la fuerza ó la ley de la gravedad, las rocas están fijas, y el humo, en vez de bajar, sube. También pueden permanecer fijos muchos organismos, no obstante su innata variabilidad. Ésta y, lo que es para el caso lo mismo, la evolución, se manifiestan evidentemente en el individuo y en la raza, pero en virtud de ellas se desarrollan; pero no obstante la evolución, pueden permanecer por mucho tiempo sensiblemente estacionarios y por fin declinar ó degenerar. Pues otro tanto debe suceder en las especies que se hallan en condiciones idénticas ó análogas. La mutabilidad y la evolución son muy compatibles, en una palabra, con cierta estabilidad relativa; ésta es debida á un equilibrio, más ó menos duradero, por haber quedado aquellas, no propiamente *suspendidas*, sino más bien contrarrestadas por influencias extrañas. Lo ciertamente incompatible es, la inmutabilidad de la especie con la mutabilidad de la raza, cuando los dos tipos se conducen de la misma manera; lo incompatible es la fijez de la especie orgánica que nuestros adversarios defienden, con las profundas y transcendentales mudanzas que los organismos atestiguan.

hechos que se aducen en contra, y dar á veces á los favorables un alcance algo excesivo. Esto es frecuente, sobre todo, en los que quieren pasar por moderados, y no lo son lo bastante; en los que, movidos del amor que han cobrado al sistema, quisieran verlo triunfar en toda la extensión posible. Ésos no se contentan con el transformismo verdad, con el establecido por los hechos; y ya que no se atreven á defender el transformismo absoluto, quisieran uno muy amplio, creyendo que, cuanto más amplio sea, más glorioso es el triunfo sobre el adversario. Olvidando que el más glorioso triunfo es el alcanzado del error, violentan algo los hechos, y si no los generalizan, por lo menos los dan una extensión que ni tienen ni toleran, incurriendo así, casi voluntariamente, en no pocas inexactitudes. Sin embargo, aun en estos mismos, y sobre todo en los que en nada discurren con el corazón, sino siempre y en todo con la razón clara y serena, sin hallarse animados de otro deseo que el de hallar la verdad, encontraremos un rigor lógico, una imparcialidad y una fidelidad en la exposición de los hechos, que en vano se podrán buscar en los que quieren marchar, no por el justo medio, sino por caminos extremados. Los verdaderos y genuinos transformistas, siguiendo las veredas trazadas por el eminente Gaudry, procuran no dar á los hechos otro valor, sino el que tienen; tener en cuenta lo mismo los que se aducen en pro y los que se aducen en contra; no decir ni más ni menos que lo que unos y otros á una voz digan; y no establecer ninguna conclusión como cierta, si no se deduce espontáneamente de premisas rigurosamente ciertas. El que proceda de esa manera, incurrirá seguramente en las iras de los muy apasionados de uno y otro partido: los antitransformistas le fildarán de sospechoso y lo mirarán con recelo, por lo mismo que francamente se ha declarado adversario; y los transformistas furibundos le mirarán con desdén ó compasión, tratándole de cobarde ó inconsecuente, por lo mismo que le ven hacer caso de la lógica. Pero todas las personas de buena voluntad, sean del partido que fueren, verán, en cuantos sigan aquel noble proceder, verdaderos amigos y hombres de buena fé, que procuran dar en cada caso la razón á quien la tiene, que jamás podrán ser cogidos en fraude, y cuyas

afirmaciones categóricas nunca serán desmentidas. De ahí que poco á poco vengán á ser acatados por uno y otro partido, y que todo el mundo acabe por darles la razón. ¿Cuál es el antitransformista que no respete y venera ya al Sr. Gaudry, y que no se vea forzado á reconocer que pisa en terreno seguro? ¿Quién ha destruído lo edificado por él? Pues mientras no se destruya, la fijeza, por una parte, y las exageraciones del ultraevolucionismo, por otra, cederán ante la solidez del edificio del transformismo mitigado. Este edificio podrá ser aún algo pequeño, pero basta que sea sólido, que el tiempo lo irá agrandando. Podrá quizá tener alguna inexactitud de detalle; pero esto es propio de toda obra humana que empieza; basta que sea seguro en la base y en el conjunto, que los detalles aislados fácilmente se irán retocando y corrigiendo.

Nosotros nos adherimos, pues, al transformismo mitigado ó relativo, porque estamos seguros de que ambos extremos son viciosos. Poco nos importa ser ahora censurados por uno y otro partido; que los dos concurrirán á asegurar nuestro triunfo. Los dos se encargarán de destruirse mutuamente en lo que edifiquen mal, y en edificar para nosotros siempre que edifiquen bien. Los argumentos sólidos, de una y otra parte, nunca nos pueden dañar; reconocemos su firmeza, y, en cuanto tales, los podemos adoptar por nuestros. Los falaces se disiparán por sí mismos, ó el otro adversario se encargará de disiparlos. Por lo mismo que por ambas partes se aducen argumentos muy sólidos é insolubles, y por lo mismo que las dos no pueden ser á la vez verdaderas, se ve claro, que ambas tienen sólo un poco de razón, y que toda la razón y verdad se halla en el sistema intermedio (1). Lo volvemos á repetir, porque importa mucho: es lastimoso y á la vez divertido ver cómo se combaten unos á otros; con refutar

(1) "De estas soluciones intermedias, dice J. d'Estienne (*Le Transf. et la disc. libre, R. des Quest. scient.*, Abril, 1889, p. 418) no faltan ejemplos en la historia de la ciencia, cuando vemos apaciguarse y desaparecer una larga controversia, al advertir los beligerantes que por una parte y por otra estaban parcialmente en la verdad y á la vez en el error, por querer generalizar demasiado ó tomar en sentido absoluto la verdad relativa que cada cual poseía. Así acaeció, entre otras ocasiones, en la aurora de la ciencia geológica, con la disputa entre plutonistas y neptunistas."

la opinión *contraria*, creen que queda confirmada la suya propia; y lo que resulta es que ambas quedan bien refutadas, pero confirmada, ninguna; lo que resulta es que las dos, como extremadas, aparecen evidentemente falsas, y que la verdad tiene que ser intermedia y hallarse precisamente en las *contradictorias* de ambas.

Es cierto que los más esclarecidos de los que se dicen partidarios de la fijeza, no pueden menos de ceder algún tanto ante la luz de los hechos, y ya no admiten esa teoría como del todo absoluta. Admiten una fijeza relativa, compatible con la variabilidad entre límites muy extensos y casi indeterminados, pero que, por de pronto, traspasa los confines de las especies y aun de los géneros; admiten las barreras infranqueables, pero sólo en cierto grado, que el fin permite que se franqueen; admiten una separación de las especies, que no impide el que se hallen más ó menos confundidas; admiten una infusibilidad de los tipos, que no impide el que se fundan y permanezcan fundidos por mayor ó menor tiempo. Esta fijeza relativa entraña, como se ve, conceptos del todo antitéticos; y, si algo significa, es un transformismo disfrazado, que no dista mucho de nuestro sistema.

Cuál sea éste, no nos toca ahora decirlo, ni menos establecerlo; á los hechos y no á nosotros les toca irlo estableciendo. Nuestro transformismo no es el transformismo de nadie, es el transformismo que se desprenda de los hechos conocidos.

Fin del Libro Primero.

ÍNDICES
